



Juan José Colomina
y Vicente Raga (Eds.)

La filosofía de Richard Rorty

Entre pragmatismo y relativismo

Biblioteca Nueva

DEFGHIJKLMNOPQRSTUVWXYZABCDEFGHI

La filosofía de Richard Rorty. Entre pragmatismo y relativismo, edición de Juan José Colomina y Vicente Raga, Biblioteca Nueva, Madrid, 2010, 267 pp. ISBN 978-84-9742-960-3.

A juicio de Cornel West, “Rorty ilumina y estimula al lector, pero también deja una curiosa sensación de que, en vez de usar la persuasión, ha seducido; da la impresión de que Rorty nos ha atraído hacia su perspectiva en vez de disuadirnos de la nuestra”. West —doctorado en Princeton bajo la tutela de Rorty— describe con tino los corolarios que desata la obra de su lúcido mentor entre quienes, en virtud de diferentes razones, la valoramos y reivindicamos. La “curiosa sensación” que menciona —auténtica grieta en la línea de flotación de la propuesta; el profeta de la persuasión no persuade ni a los afines, los seduce— canaliza, sin ir más lejos, el grueso de los excelentes trabajos que componen *La filosofía de Richard Rorty. Entre pragmatismo y relativismo*, volumen colectivo editado por Juan José Colomina y Vicente Raga que dispensa un homenaje póstumo al pensador neoyorquino. “Ello no quiere decir —leemos en la introducción— que los autores... estén siempre de acuerdo con sus planteamientos” (15). La contraportada, por su parte, advierte de “las dificultades que plantean sus argumentos”. Resulta difícil imaginar matizaciones tales en la introducción y la contraportada de un libro que se presentara, con el descargo váyase a saber de qué aniversario o efeméride, a modo de homenaje de la filosofía, pongamos por caso, de Rawls o Gadamer. Pero con Rorty las cosas funcionan de otro modo. Hasta quienes tienen (o hemos

tenido en otros sitios) el gesto de homenajearle anticipan en primera plana que no les convence del todo. Dado que, integrismos al margen, es sabido que ningún filósofo lo hace, ¿para qué y por qué decirlo?

1. *La filosofía de Richard Rorty* (primer libro de su naturaleza publicado por estos lares, si no me equivoco) ofrece una muy recomendable panorámica de la compleja y enciclopédica indagación rortiana, una de las menos ortodoxas de los últimos cuarenta años. Pocos, ciertamente, la recibieron con beneplácito, máxime tras la publicación de ‘Liberalismo burgués posmoderno’ (1983), ‘La prioridad de la democracia sobre la filosofía’ (1988) y *Contingencia, ironía y solidaridad* (1989), escritos donde la deflación de la filosofía presentada en la tercera parte de *La filosofía y el espejo de la naturaleza* (1979), así como en los ensayos de los setenta recopilados en *Consecuencias del pragmatismo* (1982), cosechó, si cabe, mayores cotas de repulsa al adquirir, valga la expresión, un *corpus* ético-político merced la distinción público-privado. A los pensadores analíticos que venían combatiendo las intervenciones antiesencialistas, antirrepresentacionistas y coherentistas del personaje en los ámbitos de la epistemología, la filosofía del lenguaje y la filosofía de la mente se unieron bandadas de pensadores marxistas, comunitaristas y liberales dispuestos a combatirlo en los ámbitos de la filosofía política, la ética y la teoría de la cultura. Subyaciendo a la cruzada, la indicada deflación —debilitación, en argot de su no menos vituperado amigo Vattimo— de la filosofía, el dictamen según el cual la filosofía es un género literario me-

nor que debe sanarse el logocentrismo, privatizar sus arranques de sublimidad y supeditarse, cual sirvienta, a los intereses de la democracia. Semejante exhortación encarnaba un sinfín de apuestas epistemológicas y políticas deudoras del desmantelamiento de la metafísica, entre ellas la homologación de verdad y utilidad, el reconocimiento de la contingencia, la indisolubilidad del etnocentrismo y el rechazo del marxismo. Desmantelamiento, huelga decirlo, naturalista y romántico al unísono, enraizado, a partes iguales, en Wittgenstein y Nietzsche, Sellars y Heidegger, Davidson y Derrida, Quine y Gadamer, Darwin y Kuhn. Emprendido, para ser más exactos, con la vocación de desencadenar una segunda oleada secularizadora que, cambio de léxico y literalización de nuevas metáforas mediante, disuelva los fetiches a los que la modernidad rinde pleitesía (Realidad Intrínseca, Historia, Leyes de la Naturaleza; sublimaciones de la divinidad) y contribuya, de la forma tangencial propia de la filosofía, al advenimiento de una utopía socialdemócrata plenamente desencantada —*ergo* desmetafisicalizada— donde el deseo liberal de solidaridad prime sobre el deseo racionalista de objetividad, la fe en el futuro sobre el afán de conocimiento y la imaginación del poeta sobre la sistematicidad del filósofo o el científico.

Pese al nervio progresista, experimental y antiautoritario que lo impulsaba, numerosos teóricos progresistas percibieron (y perciben) en el deflacionismo rortiano una iniciativa que alienta, poco importa si involuntariamente, una visión conservadora del mundo y de la acción política. Al abdicar, entendieron McCarthy, Norris y Eagleton, de la filosofía y de los supuestos elementales de la epistemología, Rorty nos deja sin mecanismos para discriminar la tergiversación interesada del relato fehaciente, la manipulación propagandística de la información veraz, entrampándonos en un provinciano círculo hermenéutico donde, cancelada cualquier aspiración de verdad y racionalidad, la tradición y la comunidad oriundas quedan a salvo del cuestionamiento. Mouffe, Laclau y Critchley apuntaron, por su parte, que expulsar a la filosofía radical (a la deconstrucción, en este caso) de la deliberación pública y reconvertirla en alimento del ironista implica cerrar las puertas a la comprensión y estimulación del disenso (evento nuclear de la sociedad plural), sabotear el ejercicio de tantear y/o poner en práctica alternativas a lo dado y dejar a la política a merced del discurso oficial.

La filosofía de Richard Rorty reproduce desde ángulos complementarios los entresijos de este (revisable, pienso a día de hoy) diagnóstico. En ‘Un ironista moderno: Richard Rorty, irónico privado y cínico público’, Vicente Raga elabora un penetrante estudio acerca de las (supuestas) implicaciones cínico-conservadoras del ironismo “práctico-político” de Rorty. Después de pasar revista a la tensión público-privado y tributar una brillante acotación de la censura hegeliana a la concepción schlegeliana de la ironía, Raga discute la privatización que ésta sufre a manos de Rorty, maniobra adjunta al rechazo de la verdad y a la idealización suma del acuerdo que estimula, escribe, “cierta complacencia consensual por la propia cultura” (93). La aportación de Joan David Mateu (‘Los usos de la antropología. Para una crítica del papel de las humanidades en la filosofía de Rorty’) bosqueja idéntico reproche a la luz, ahora, del empeño rortiano por transformar las humanidades y las ciencias sociales en herramientas de redescrición pública y privada ajenas a la filosofía. Según estima, esta posición socava el impulso transformador de las mentadas, incidencia palpable en las funciones que Rorty asigna a la etnografía; ampliar la receptividad del ciudadano medio ante la pluralidad cultural y persuadir a los otros de que ingresen en nuestro modelo social previa privatización de sus creencias últimas. Al igual que Raga, Mateu recela de la privatización de marras, e imputa a Rorty el cargo de personificar la “retórica auto-complaciente del liberalismo” (167). De contrape-



so, sugiere, a la mutación etnocéntrica del etnógrafo en misionero de Occidente, el anti-etnocentrismo de Geertz, consagrado a la empresa de “conocer la alteridad (antropológica o histórica) para cuestionar las prácticas de la propia cultura” (165). Pedro J. Pérez Zafrilla (‘Más allá de todo prejuicio. El debate entre Wolterstorff y Rorty sobre la religión en la esfera pública’) comparte con Raga y Mateu la certidumbre de que la distinción público-privado trazada por Rorty parte de una entronización del consenso que, amén de equivocada y simplista, provoca efectos políticamente contraproducentes. Su ensayo, emplazado en la polémica dispensada por religiosos y seculares que el llamado “retorno de la religión” parece haber acentuado, preconiza “la articulación de una esfera pública inclusiva... en la que las razones religiosas no sean percibidas como un freno de la deliberación” (192). A fin de revocar las premisas lockeanas e ilustradas de los filósofos que abogan por privatizar la religión (Rawls, Nagel, Austin), Zafrilla reproduce los considerandos lanzados por Wolterstorff contra Rorty a raíz de ‘Religion as conversation stopper’ (1999), jugada que le permite problematizar el *quid* del proyecto rortiano (la secularización), revisar determinados prejuicios consensualistas y justificar la idoneidad de un escenario en el que las razones no compartidas (entre ellas las religiosas) no estén excluidas del debate civil.

2. Repitémoslo con otras palabras; la deflación rortiana de la filosofía responde al anhelo de diseñar una filosofía consecuente con el proceso de secularización desplegado en el seno de las sociedades democráticas, esto es, una filosofía mundanizada, desacralizada, laica, higienizada de reliquias metafísicas, abierta a la conversación horizontal. Juan José Colomina firma ‘Eliminativismo, Materialismo y Teoría de la Identidad. La filosofía de la mente de Richard Rorty’, trabajo que rastrea con holgada competencia las primeras (y bastante desconocidas) manifestaciones del citado anhelo, vinculado, por entonces (segunda mitad de los años sesenta), al más escrupuloso materialismo eliminacionista. Las figuras de Place, Feigl, Smart, Armstrong, Feyerabend y Brentano sirven a Colomina para contextualizar y explicar los reparos de Rorty respecto a la Teoría de la Identidad clásica, reparos donde ya se manifestaba, circunscrita al programa de eliminación/sustitución fisiologista del vocabulario de lo mental, la animadversión hacia la metafísica (amén de la consiguiente insistencia en el “cambio de léxico”) que caracterizaría su producción postrera. Catalizando la depreciación del canon Platón/Descartes/Kant/Husserl, la deflación de la filosofía y el cometido secularizador se asienta la negativa a conceder a la verdad el título de problema filosófico, pormenor que Colomina explora junto a Federico Petrolati en ‘Verdades a Rortiori. Sobre la concepción pragmática de la verdad de Richard Rorty’. El sondeo del influjo de Heidegger, Quine y Davidson sobre el concepto rortiano de verdad, cede el paso en la segunda parte del artículo a la crítica de la “progresiva tendencia hacia la eliminación de la epistemología en el estudio de la verdad” (150) que se percibe en el pensamiento de Rorty, habida cuenta de los problemas que acarrea, presumen, para el desempeño de la ocupación que él mismo prioriza, la solidaridad.

‘De la verdad a la solidaridad. Richard Rorty y la hermenéutica’, texto de Gabriel Rodríguez Espinosa, interpreta el viraje rortiano hacia la hermenéutica bajo el prisma de la secularización aquí sugerido, revelando, de paso, que las disimilitudes del neoyorquino con Heidegger, Gadamer y Vattimo manan, en buena medida, de la deflación extrema de la filosofía que esgrime como requisito del desencantamiento integral. Con todo, al privatizar, por mor de la deflación señalada, los aportes de la hermenéutica, la secularización orquestada por Rorty se limita, sentencia Rodríguez en la línea de Raga y Mateu, a actuar de “salvaguarda de las instituciones políticas liberales” (132). Miguel Ángel Quintana (‘En torno a





la disputada ligazón entre metaética y praxis política. Reflexiones cabe Rorty y contra Rorty’) dedica su contribución a tantear la razón implícita a tan insistente queja; la negativa de Rorty a colegir consecuencias ético-políticas de su pragmatismo antimetafísico en particular y (salvedad hecha de pensadores del perfil de Habermas, Rawls, Mill y Dewey) de la filosofía en general. La negativa apunta, como es de dominio público, a la conformación de una política sin metafísica, gravitada en torno al postulado, asimismo suscrito por Fish, de la neutralidad de la epistemológica, sea ésta fundacionalista o antifundacionalista. Movido por la ambición de evitar las secuelas perniciosas inherentes a la conexión excesiva (platónico-marxista) de teoría y praxis, Rorty manufacturó una desconexión igualmente excesiva, hartamente inaplicable, de ambas. Tanto es así, que le fue muy difícil obrar en consecuencia, de ahí los cuantiosos pasajes donde se desdice, con infinita cautela, de la teoría de la neutralidad e insinúa, inclusive promulga, el temperamento democrático del antiesencialismo.

En ‘Visiones de la contingencia. Escepticismo, ironía liberal y perfeccionismo moral’, David Pérez Chico fija la atención en el mismo punto que Colomina, Petrolati y Rodríguez, es decir, en el paulatino abandono por parte de Rorty de la filosofía analítica en favor de posiciones sociológico-hermenéutico-literarias. El reto de Pérez pasa por comparar la deriva rortiana con la protagonizada por Cavell en la misma dirección. Para ello, revisa las cuatro partes de *The Claim of Reason* (1979) a la luz de ‘Cavell y el escepticismo’ (1980), reseña de Rorty sobre el particular. La conclusión del inspirador cotejo es que si bien sendos eruditos compartieron, entre otros menesteres, el desencanto ante la estrechez de miras de la filosofía profesionalizada, el reconocimiento de la contingencia y la alabanza de la literatura, Cavell nunca renunció a la filosofía ni negó su trascendencia, gesto que sí formalizó, decreta Pérez, Rorty. Ramón Del Castillo (‘¿Adiós a la filosofía? Recuerdos de Rorty’) no tiene tan claro —yo tampoco, me permito agregar— que la deflación rortiana de la filosofía equivalga a renunciar de ella. Lo que sí tiene claro es que la popularización de tamaña equivalencia le valió el desdén de sus compañeros de profesión, tanto da que fueran —según argot de ‘El ser que puede entenderse es lenguaje’ (2000), conferencia en honor del centésimo cumpleaños de Gadamer— *techies* (realistas científicas) o *fuzzies* (idealistas románticos). Los *techies* analíticos se disgustaron ante el abandono del repertorio epistemológico, los *techies* habermasianos/rawlsianos y los *fuzzies* (derrideanos, foucaultianos, lacanianos y demás tribus) ante la política sin metafísica. Unos y otros, henchidos de deseo de objetividad, autoproclamados portavoces de la Razón o de la subversión, creyeron que la filosofía corría serio peligro bajo paraguas rortiano, y se lanzaron de uñas. Renuencia tramposa y sintomática al unísono, pues Rorty nunca predicó ni deseó la muerte o el fin de la filosofía, incidente que creía específico de las sociedades totalitarias. Predicó, en cambio, la necesidad de someterla a una cura de humildad que la emancipara de la academia. Y eso, por encima de cualquier otra consideración, es lo que irritó (e irrita) a más de uno.

3. Antonio Lastra (“Consecuencias del trascendentalismo”) se remonta a la tensión instalada en la intersección de las dos principales versiones “ismaelitas” —no académicas— de la escritura constitucional americana, la de Emerson (educadora, encarnada en *Hombres representativos*) y la de Melville (elitista, encarnada en *Billy Budd*), para iluminar su presencia en el surgimiento de la filosofía americana y, de manera peculiar, en el propio Rorty. Pues bien, la principal objeción imputable a *La filosofía de Richard Rorty. Entre pragmatismo y relativismo* es, a mi modo de ver, la siguiente; la faceta emersoniana (educadora, pública) de Rorty brilla casi por su ausencia en sus páginas (excepción hecha de la

participación de Zafrilla), igual que la teoría política que la envuelve. Aspectos tan significativos de su carrera como, cito algunos, el diálogo con el pensamiento liberal contemporáneo, la oposición a la izquierda cultural, el desafío a los Derechos Humanos, la reivindicación (metodológica) del patriotismo y la custodia ilustrada del humanismo, el progreso y la utopía no recaban apenas la atención de ningún colaborador. Muy probablemente, el libro hubiera agradecido un par de capítulos centrados en tales materias (y al menos uno centrado en la lid modernidad-postmodernidad, también crucial y también ausente) para añadir al retrato que pinta del personaje los colores, entre otros, de *Forjar nuestro país* (1999), *Philosophy and Social Hope* (1999), *Pragmatismo y política* (1998) y la segunda parte de *Verdad y progreso* (1994). A pesar de ello, el resultado global del texto es más que notable, y su lectura se antoja indispensable para ahondar con criterio en muchos de los diversos problemas que ocupan y preocupan al pensamiento actual.

Una última apreciación; la mayoría de trabajos que integran *La filosofía de Richard Rorty* mantienen, lo insinué al inicio, un tono eminentemente crítico con el implicado. Sí, nos hacemos cargo de “las dificultades que plantean sus argumentos”, así como de la exigencia de localizarlas y desmenuzarlas. No obstante, el volumen podría haber dedicado alguna sección a determinar clara, taxativa y extensamente las aportaciones positivas/valiosas del filósofo al que homenajea. No se trata, faltaría más, de enarbolar ningún panegírico (nada menos rortiano que eso), sino de destacar aquello en lo que Rorty seduce, pues persuadir ya sabemos que no lo hace.

Francisco Martorell Campos

